

# LIMADURAS

—Lo hemos dicho en fecha no lejana, y conviene repetirlo para que no se olvide. Las cuatro leyes reguladoras del apostolado moderno, son a) el trabajo; b) la unión en el trabajo; c) la división del trabajo y d) la adaptación del trabajo

—¡Donosa manera de enajenarse voluntades! La palabra "trabajo" es una de las más odiosas del léxico castellano. Si fuera posible reemplazarla por otra que disfrutase de más cordiales simpatías, no defenderíamos una causa que, precisamente por exigir trabajo, podemos darla por perdida.

—Aunque se modifique la palabra, será forzoso conservar, el sentido. Sin una labor conjunta, perseverante, adaptada, nuestra cooperación en el apostolado carecerá eternamente de la eficiencia que, en realidad, debería tener, estando sabiamente concertada.

—Sin olvidar, como es claro, el poderoso elemento del celo apostólico. En cuanto el concepto es aplicable a personas seculares.

—El celo es el principio vital de toda empresa sobrehumana, es el propulsor irremplazable de toda actividad que no se mantenga viva por la atracción del cebo de terrenales intereses. La falta de celo en los católicos, es la causa de nuestra ruina.

—Antes de preocuparnos de las leyes del apostolado, sería más prudente buscar la fórmula que diera por resultado la génesis, conservación y fomento de ese poderoso estimulante sin cuya influencia seremos perpetuos paralíticos, imposibilitados para realizar obra ninguna de provecho.

—Los efectos deben guardar proporción con las causas que los determinan. La fórmula deseada habremos de encontrarla intensificando la vida sobrenatural y cristiana. Las claridades de la fe y el fervor de la caridad, han sido, en todo tiempo, los gloriosos progenitores de esa inmensa muchedumbre de apóstoles que puebla el mundo de la Iglesia. No esperemos dar con ninguna panacea universal de orden externo. El poder de la vida es inmanente. Alumbremos las aguas de esa misteriosa fuente que brota del fondo mismo de nuestra alma, redimida por la sangre del

Cordero; abramos un cauce, amplio y generoso, por donde corran benéficas, convirtiendo en esplendoroso vergel el campo de nuestro corazón, agostado por el cierzo de un egoísmo frío y calculador, y requemado por el fuego de pasiones ruines que se mantienen a expensas de una savia destinada a nutrir nobles y levantados ideales. El apostolado católico vive de la reflexión, del espíritu interior, de las luces de la fe, de los consuelos y promesas de la esperanza, de las dulzuras inefables de la caridad. Vigorizar la vida interna sobrenatural del alma, es promover eficazmente el espíritu apostólico entre los católicos.

—Razón tienen, pues, los que proponen la celebración de un Congreso eucarístico como preliminar y, en cierto sentido, preparatorio, para el Congreso Católico. La vida eucarística es la manifestación suprema de la vida cristiana.

—Los frutos del Congreso eucarístico estarían en proporción directa con las buenas disposiciones de los que en él tomaran parte. Más que objeto de un congreso, ha de ser labor personal, callada, de íntimo contacto con la fuente de la gracia. El Congreso eucarístico es altamente recomendable como acto de culto social, público, a Jesús Sacramento. Contribuiría también a despertarnos del sopor que embarga nuestro ser y paraliza todas nuestras energías. Lejos de oponernos a su celebración, la creemos muy acertada y la aplaudimos sin reservas. Con tal de no olvidar la parte de cooperación personal, necesaria, para que la gracia fecundice nuestra vida.

—La correspondencia personal a los requerimientos de la gracia, es un coto cerrado donde no podemos penetrar; es de la exclusiva pertenencia de la libertad humana en sus íntimas relaciones con Dios.

—Motivo suficiente para que nos limitemos al aspecto externo de la acción católica. Que, por otra parte, es de excepcional importancia, ya que en toda acción colectiva, la conveniente organización de las fuerzas, desempeña un papel muy principal.

—Toda organización está condicionada por el fin inmediato a que se ordena y ha de contar

con determinados medios para realizarlo; y es difícil atinar con los fines específicos a que deben dirigirse las fuerzas católicas filipinas, y más difícil aún precisar los medios conducentes a su plena consecución.

—La psicología de nuestro pueblo y los precedentes suministrados por la acción social católica llevada a cabo en otros países, serían índices determinativos de la ruta que debemos seguir para hacer una campaña de positivas conquistas y de indudables rendimientos.

—La psicología del pueblo filipino, en este orden de asuntos, está muy poco estudiada y los precedentes de otros países no son excesivamente luminosos. No hace muchos meses, celebró en Francia el Congreso Diocesano de París. Dedicó sus sesiones, casi exclusivamente, al estudio de la evangelización de las masas, en especial, las obreras. Propusieronse diferentes medios. El P. Danset, de la *Acción popular*, preconizó las obras sociales practicadas con el más profundo desinterés de modo que el pueblo vea en ellas no una especie de anzuelo para cazar incautos, sino el cumplimiento de un deber de justicia o de caridad por parte de los católicos. El abate Desgranges habló de las conferencias contradictorias con las que ha obtenido magníficos resultados; el abate Flauss, de los boletines parroquiales; el abate Bernard, de las obras escolares, que, frecuentemente, llevan a Dios a los padres por la mano de los hijos. Otros conferenciantes apuntaron y estudiaron otros medios. Terminó el Congreso sin llegar a un acuerdo único y decisivo.

—Los acuerdos *únicos* no son los más convenientes para esta clase de problemas en que intervienen factores, en extremo, complejos. Ya es adelantar mucho el proponer diferentes medios de evangelización, estudiarlos ampliamente y reducirlos a la práctica. Dios bendecirá y dará el debido incremento a tan simpática y bienhechora empresa.

—Voy creyendo que es cuestión de lanzarse al campo de una vez y poner manos a la obra.

—Es cuestión de empezar y de perseverar.

E. L. FERREIRO.